



La vida en las galeras en tiempos de Felipe II

Live in the galleys in the time of Philippe II

■ Gregorio Marañón

■ La gloria que pasa

En la historia de nuestros siglos xv y xvi surge a cada instante esta palabra: la galera. La galera es el barco de la guerra, movido por el remo, porque el viento es el azar y el azar es un mal aliado del que lucha. Conducía a los reyes gloriosos, a los capitanes del destino uncido a la victoria, a la soldadesca entusiasta, cuya bandera sólo se deshincaba para clavarse más allá. Galera suena en nuestros oídos a majestad y a gloria. Pero la gloria es, muchas veces, máscara que disimula un sobrehumano padecer. Acerquémonos a la galera en la época de su esplendor: cuando reinaba el prudente monarca Felipe II, el de la historia sin dimensiones, inédita todavía; cuando en Lepanto se escribía, con la estela de los remos frenéticos, una página decisiva en la historia del mundo; la más alta de nuestra gesta naval y una de las más insignes en la crónica de todos los pueblos, por el fervor y el desinterés de sus jefes, por el heroísmo de sus soldados, por la tensión prodigiosa de la fe que guiaba y sostenía a aquellos españoles, los mejores de la fase más eficaz que tuvo, jamás, nación alguna. Mas esta exaltación milagrosa se amansó con lágrimas de muchos hombres; y eso que eran hombres difíciles para el llanto. Este dolor, que fue barrido para siempre de nuestro recuerdo por el entusiasmo de la victoria, por el flamear de los estandartes invictos, por el clamor inmenso de los triunfadores, es el que voy a desenterrar en este Ensayo.

Hoy pasa la galera de Lepanto por la pantalla de la Historia, como un símbolo radiante, conducida por Don Juan de Austria, el hijo del amor, hecho a dos sangres, de realeza y de romanticismo; mandada por capitanes de largas barbas, que casi nos parecen santos. Pero si la mirada nuestra perfora el humo de las salvas, veremos que la galera gloriosa avanza sobre el mar

Una parte de los datos utilizados para componer este Ensayo, los debo a mi cultísimo amigo, el director del Museo Naval de Madrid, Don Julio Guillén.

Gregorio Marañón y Posadillo (1887-1960) fue médico, ensayista, historiador y político, pero, por encima de todo, fue una persona tolerante y comprometida con el momento histórico que le tocó vivir. Este texto forma parte del libro *Historia y vida* (Espasa Calpe, 1940) y se ha trascrito de: Marañón G. *Obras Completas*. Madrid: Espasa Calpe, S.A. 1973. Tomo IX, pp. 152-169. Se publica con la debida autorización de los herederos del autor.

porque la impulsan unos seres humanos, hermanos nuestros, que reman ensartados en una cadena, amarrados, como cosas inanimadas, por las sólidas brancas, a los costados de la nave; doblados, cuando flaquean, por el castigo de la anguila que el cómitre bárbaro sacude sobre sus espaldas; y si nuestro oído se escurre entre los gritos de mando y el estruendo ensordecedor de las chirimías, oírás, allá abajo, el gemido y la maldición y la blasfemia de los que sufren, sin piedad de nadie y sin el consuelo de comprar con su martirio ni unas migajas de la gloria que se repartían los demás.

El infierno flotante

En libros que son ya clásicos se ha explicado lo que era la vida en las galeras. Pero me es preciso recordar los puntos esenciales para explicar después cómo y de qué se padecía en aquellos infiernos flotantes; y no es exagerada la comparación. A través de la crueldad terrible del alma de aquellos siglos, se percibe, en la prosa fría de los relatos y de los decretos y entre las bromas macabras de los escritores de la picaresca, como Mateo Alemán, el inhumano padecer, dantesco, de aquellos remeros infelices. No en vano escribía el doctor Alcalá: "La vida del galeote es vida propia del infierno; no hay diferencia de una a otra, sino que la una es temporal y la otra es eterna".

No es preciso advertir que las galeras existían en toda Europa; que su vida era igual en todas partes y, en modo alguno, específica de España, en la que sin duda, se dulcificó, antes que en los demás países, con leyes y pragmáticas de cristiana y noble humanidad. Nadie busque, pues, en estas páginas argumentos para la leyenda negra, ya por fortuna, desaparecida.

La cadena

Los galeotes, españoles o no, cumplían su sentencia ensartados en la cadena que los ataba, en ristras, sobre cada banco, a la nave. Sólo excepcionalmente se les desuncía, sin quitarles jamás el grillete del pie. Tan excepcionalmente que, como luego veremos, aun estando enfermos se les solía curar "en cadena", y muchas veces el alguacil cortaba los hierros para sacar de la férrea sarta un cadáver, cuya agonía habían presenciado, casi codo con codo, los dos inmediatos y vivientes eslabones. Debajo del mismo banco se echaban a dormir, en plena intemperie, sin otro abrigo que el escasísimo de su traje y el capote de sayal.

Estaban, pues, condenados a una inmovilidad casi absoluta, porque la longitud de su cadena les daba sólo libertad para desplazarse en espacio menor de dos metros. Y la única compensación era el ejercicio marítimo de remar, excelente cuando se hace con moderación y con el organismo entrenado en la acción libre; funesto cuando se ejercita en exceso, de un modo

exclusivo y con la falta absoluta de las compensaciones higiénicas y alimenticias que los remeros de galera tenían que sufrir.

Las galeras llevaban tienda de lona para proteger a los tripulantes del sol y de la lluvia; pero no siempre existían, en los tiempos, frecuentes, de pobreza y desorganización; y aun existiendo, el amparo que daban era muy relativo. Todavía navegando, el ejercicio permitía a los forzados reaccionar mejor contra el tiempo inclemente. Pero en las largas estancias en los puertos, si llovía o hacía frío o calor extremos, los infelices encadenados habían de sufrir, días y días, el temporal, medio desnudos en estío, soportando el calor de los hierros, que llegaba a abrasar en los mediodías; o tiritando bajo los bancos, si llovía y helaba. Y así leemos en el informe del médico de dos galeras refugiadas en Barcelona, en 1719, que 156 remeros estaban muy enfermos y ocho habían muerto ya, de soportar el temporal de aguas. "La chusma —dice el documento— está muy abatida cayéndoles encima toda el agua, noche y día, por el poco abrigo de este muelle".

Alguna vez hemos visto enfermar, con vómitos de sangre y otros accidentes, a los robustos remeros que hacen sus pruebas de regatas en los días jubilosos del verano, en las playas del norte de España. Son gente escogida por su fortaleza; y para aquella prueba, de unos minutos, con el mar en calma, con el entusiasmo de los conterráneos que les conforta, con la esperanza de un premio pingüe y sobre una ligera embarcación, han sido entrenados en largas semanas de descanso y gimnasia, científicamente dirigida, y alimentados con pantagruélicas chuletas y vinos capaces de resucitar a un muerto. Calcúlese ahora el peligro que supondría para la vida mísera de los galeotes al salir de la inanición húmeda de los puertos, ateridos, encadenados y hambrientos para impulsar días y días a la pesada galera, con relativa calma en las navegaciones de ronda y vigilancia entre los puertos; pero con increíble esfuerzo cuando había que huir del mal tiempo, escapar del enemigo o acometerle. Entonces al grito de "ropa afuera", el galote, desnudo, agarrotado sobre el remo, castigado con furia por el látigo del cómitre, remaba con tanta desesperación que la argolla de los pies se le clavaba en la carne, escupía sangre a cada aliento y no rara vez quedaba muerto sobre el banco. Un famoso *Galeote de Sevilla* que escribió su vida en verso, sentencioso y popular, que a veces recuerda al del gaucho *Martín Fierro*, decía:

"Varias veces por huir
nos hacen que reventemos;
y en tan crueles extremos,
por alcanzar y seguir,
morimos junto a los remos".

Y morían, probablemente con envidia de los que a su lado tenían que seguir sufriendo mientras les quedase un resto del mísero impulso vital.

Eran pocos los capaces de tomar con filosofía su infortunio, como Cosme Pariente, condenado a remar por los sucesos de Aragón, cuando Antonio Pérez. Lleno de ánimo, exclamaba:

"Haré campo ancho
la cárcel angosta,
espuelas los grillos
riendas las esposas,
y, triste o alegre,
viviré sin nota,
para que me sea
la pena sabrosa".

Es probable que unos meses después ya no tuviera humor para optimismos ni para en-dechas.

El bizcocho

Bastaría la inacción forzada, combinada así, diabólicamente, con el sobrehumano esfuerzo, para aniquilar la vida de los remeros. Pero a ello se unía la miseria increíble de la alimentación. La base de ésta, en los que de modo tan atroz tenían que sufrir y trabajar, era el famosísimo bizcocho o galleta, a saber, un pan medio fermentado, amasado en forma de torta pequeña, cocido dos veces para secarlo y para evitar la fermentación en las largas travesías. No era este bizcocho peculiar de la galera, pues fue usual en toda navegación antigua; y, probablemente, era superior como alimento al pan blanco, que algunas veces, como premio o caridad, se intentó dar a los remeros, reconociéndose que, aunque "era de más contento y satisfacción para ellos", era menos a propósito porque "el bizcocho enjuga más las humedades" que el pan. La razón de esta superioridad estaba, no en lo de las *humedades*, sino que en la ración de pan blanco era sólo de once onzas, y la de bizcocho, de veintiséis; en que el bizcocho, por su dureza, obligaba a remojarlo, y a veces, como decía el *Galeote de Sevilla*, "en la propia agua del mar"; y hoy sabemos la enorme importancia que para el ejercicio muscular tiene la sal común; pero, además, el bizcocho se hacía no con la harina fina, sino con la harina grosera, completa, con el salvado; era, pues, una especie de pan integral, cuya superioridad higiénica y alimenticia, en contra de lo que se creía entonces, está hoy fuera de toda duda. De suerte que es posible que, con todo lo que se declamó entre bromas y veras contra el bizcocho, fuera éste un milagroso sustitutivo de otros alimentos que avaramente se ahoraban al remero.

Era el tal bizcocho muy duro, por lo que los galeotes viejos esperaban con alborozo ver a los novatos tirarle los primeros bocados, en cuya experiencia solían dejarse las muelas. Pero, aun remojado, llegaba a hacerse imposible de masticar cuando los dientes eran flojos; y esto, en aquellos tiempos, ocurría invariablemente a todo mortal, apenas traspuesta la juventud; y muy especialmente en los marinos, que sufrían la plaga del escorbuto, el cual, aun en sus gra-

dos iniciales, atacaba a la boca, inflamando las encías y desalojándola de toda clase de huesos. Pocos índices más ciertos tendrá el progreso humano que el de la mayor longevidad de la dentadura, conforme avanza la civilización.

Las menestras

Al bizcocho se añadía, una vez al día, una calderada de habas, puras y peladas, que estaban mandadas cocer con un poco de aceite, pero que casi siempre que había restricciones se suprimía éste en absoluto y se condimentaban, pues, con agua pura. Se tenía la idea de que las legumbres secas eran alimento excepcional, aparte de su baratura, y se preferían las habas por su menor precio. Dividíanse, en efecto, las legumbres o menestras en ordinarias, que eran las habas, judías, lentejas y guisantes, y finas, a saber, el arroz y los garbanzos. Estos últimos fueron siempre preferidos por los españoles, y así leemos en el doctor González que "nuestra marinería está acostumbrada al uso de los garbanzos y los prefiere a las demás menestras"; pero el pobre galeote los catava rara vez. Sólo en grandes solemnidades o en tiempo de faena excesiva se cambiaba el haba por el garbanzo, como ocurrió en la penosa campaña de las Islas Terceras, a instigación del marqués de Santa Cruz, que fue, sin duda, uno de los más humanitarios capitanes de aquel siglo. Lo mismo cuando la epopeya de Lepanto. Pero los informes de los técnicos de entonces, que, como los de ahora, encubrían muchas veces, tras de la técnica, la codicia, eran contrarios al garbanzo, como consta en varios documentos publicados. El mismo mal éxito tuvo el intento de sustituir las habas por el arroz. Tal se deduce de una "carta noticiando los inconvenientes que seguían de dar siempre arroz a los remeros", publicada por Vargas Ponce, en 1680; probablemente, fundada esta vez en hechos positivos, pues el arroz a secas y por largo tiempo sabemos hoy que es fuente de enfermedades graves, sobre todo del beriberi, que hasta hace poco ha diezgado a los pueblos de Oriente, alimentados exclusivamente con arroz.

No hay que insistir en la insuficiencia cualitativa de esta alimentación, aun siendo cuantitativamente abundante; que no lo era. Además, para su mejor conservación, estas legumbres se tostaban al horno, con lo que se acababa de privarlas de sus escasas e indispensables vitaminas. Con los restos del bizcocho se hacía una sopa tristísima, llamada *mazmorra*, que, por lo menos, calentaba por la noche el estómago de los famélicos galeotes.

Mazmorra, vinagre y vino

La parquedad ordinaria de esta lamentable comida aumentaba aún (es decir, se disminuía la ración) con múltiples pretextos, como castigos, individuales o colectivos, que

muchas veces se inventaban, por faltas pequeñas, para justificar los apuros económicos o la codicia irrefrenable de los administradores. Pero, además de estas reducciones, se ahorra para fiestas reales, para subvenir apuros de la hacienda pública e incluso para obras de caridad. Los hospitales de Cartagena y de San Juan de Letrán, en el puerto de Santa María, con sus iglesias y con las rentas perpetuas para cofradías y sufragios, se construyeron con mermas en los haberes de la gente de mar; y como los remeros no tenían más que su bizcocho y sus habas, redujéronles la cantidad de éstos hasta los límites extremos.

Esta ración era la de los tiempos de descanso en los puertos o de remar en calma. Cuando el trabajo era excesivo, porque había que huir del enemigo o alcanzarle, o cuando estaban los galeotes ateridos por el temporal, la ración aumentaba, en el bizcocho, en las habas del caldero y en el aceite; y excepcionalmente, como en la campaña de las Islas Terceras, al mando del marqués de Santa Cruz, se añadía vinagre, cuya virtud excitante era muy ponderada y hasta medio azumbre de vino, que hacía las delicias de los galeotes, que empapaban en él el pétreo bizcocho, corriendo con gusto los riesgos y penalidades de la guerra a cambio del vinícola consuelo.

Insectos y podredumbre

Y aun así los galeotes gozaban del privilegio de que su ración estaba relativamente fresca, pues la galera no hacía travesías largas, fondeaban casi todas las noches y era, por lo tanto, fácil el reavituallarlas. Era, pues, excepcional el que el pan se "hinchase de gusanos" y el que las legumbres contuviesen "más insectos que harina", como acontecía en las naos que atravesaban el Atlántico; hasta el punto de que, como nos cuenta Herrera, en el cuarto viaje de Colón, las comidas se hacían sólo de noche para no ver los gusanos e insectos, cocidos o vivos, que venían con el pan o con la menestra; o de que, como en el viaje de Don Álvaro de Mendoza, el agua estaba viscosa por el gran número de cadáveres de cucarachas podridas. No obstante, muchas veces, los galeotes hubieron de protestar por la corrupción de sus alimentos, y el citado *Galeote de Sevilla* nos habla de que el pan de la galera estaba invariablemente podrido.

También se pudría el agua, aun en cortas travesías, por las malas condiciones de su envase. Creíase, no sólo entonces, sino hasta comienzos del siglo XIX, cuando escribió su libro de las *Enfermedades de la gente de mar* el doctor González, en aquella su prosa de Enciclopedia, infantil de puro querer ser clara, que esta alteración del agua era un fenómeno natural de la navegación; "un mareo" que sufría, como los seres vivos. El hecho es que se volvía turbia y hedionda y sólo antes que morir de sed consentían, abrasadas ya las fauces, en beberla los tripulantes. Al cabo de unos días solía aclararse, sin duda por el progreso y declinación del proceso fermentativo.

Avitaminosis

Así nos explicamos, no sólo los trastornos digestivos y las infecciones que diezmaban la tripulación de las galeras, sino, sobre todo, el que adquiriesen enfermedades debilitantes, como tuberculosis, de la que debían morir muchos infelices; y, sobre todo, las enfermedades que hoy llamamos avitaminósicas. De ellas, tenemos la certeza del escorbuto, que aniquilaba tripulaciones enteras, y del cual hablaremos después. Pero la lectura de los relatos marítimos de entonces nos hace sospechar que reinaban también, entre los galeotes, estados de beriberi y de pelagra, entre otras plagas, por falta de vitaminas. Algún día comentaré, a la luz de estos datos nuevos, ciertas descripciones de epidemias en las que abundan nuestras gestas navales. Sería pedante aquí. Bástame con afirmar que el régimen del bizcocho, habas y sopas de mazmorra es el mismo —más riguroso aún— que hoy empleamos para producir estas enfermedades en los conejos y en las ratas, y no falla jamás; el conejo o la rata muere; como seguramente morirían los galeotes de entonces.

Cuando el remero enfermaba, se le alimentaba mejor por la prescripción del médico, sobre todo si tenía la suerte de alcanzar una de las escasas camas de los hospitales de forzados, de los que hablaré después. Pero, aun así, se regateaban estas humanitarias recetas; y, ya entrando el siglo xvii, cuando el rigor de las costumbres empezaban a dulcificarse, encontramos en los documentos las huellas de todo un expediente que se originó contra un generoso protomédico, porque había recetado a un remero que estaba grave "dos cuartos de gallina con carnero". Sin duda, los médicos fueron los más caritativos protectores de aquella chusma infeliz. Cuando podían, buscaban pretexto para reforzar su parva comida, como lo demuestra una orden que el doctor Don Salvador Lloret dio en 1677 para que se diese carne, aun siendo cuaresma, "a la gente de la galera *Santa Teresa*", que estaba desfallecida. No hay que decir que la sustanciosa receta fue ásperamente discutida por el inhumano proveedor de la escuadra.

Los remedios del hedor

Se han de añadir a estos motivos de agresión a la naturaleza humana los inherentes a la suciedad, que era espantosa. Gracias a que, en las galeras, la vida al aire libre, con toda su crueldad, evitaba el confinamiento de los hombres, con sus deyecciones, con los alimentos y con los animales vivos o en salazón, todos juntos en las mismas cámaras, que hacían insufrible la navegación en las naos de las travesías largas. Pero, sin duda, aquellos hombres, atados permanentemente a su cadena, tenían que vivir entre sus propios excrementos. Las tablas de la nave, infiltradas de suciedad, eran, en sus juntas, nido inagotable de insectos. La famosa descripción de la vida en las galeras, del padre Guevara, dice expresivamente: "Es privilegio de la galera que todas las pulgas que saltan por las tablas y todos los piojos que se crían en las costuras y todas las chinches que están en los resquicios, sean comunes a todos y se repartan

por todos y se mantengan entre todos; y si alguno apelare de este privilegio, presumiendo de muy limpio y pulido, desde ahora le profetizo que si echa la mano al pescuezo y a la barjuleta, halle en el jubón más piojos que en la bolsa del dinero". También nos habla Guevara de la libertad con que los ratones circulaban y hacían su ración de las ropas y comestibles, y aun en la carne de los tripulantes y pasajeros, pues a él mismo, yendo de Túnez a Sicilia, le mordieron en la pierna y en las orejas. Hoy sabemos la enorme importancia que estos insectos y ratas y ratones tienen en la propagación de las infecciones que asolaban a aquella humanidad, principalmente la peste bubónica y el "tabardillo punticular", que llamamos ahora tifus exantemático.

De lo que eran, en punto a hediondez, aquellas galeras, verdaderas letrinas bogantes, nos dan ideas otras líneas del mismo autor: "Es saludable consejo, mayormente para los hombres regalados y de estómagos delicados, que se provean de algunos perfumes, menjuí, estoraque, ámbar, y, si no, de alguna buena poma hechiza, porque muchas veces acontece que sale tan gran hedor de la sentina de la galera que, a no traer en qué oler, hace desmayar y provoca a revesar".

No hay que añadir que estos medios defensivos estaban reservados a los obispos, como el padre Guevara y otros viajeros de calidad, pero no a la chusma infeliz.

El tormento

Eran éstas las agresiones que pudiéramos llamar civiles, que asediaban a la marinería de las galeras y, particularmente, a la chusma de esclavos y remeros. Ahora enumeraremos las propiamente militares o traumáticas. Unas eran las inevitables heridas y contusiones que sufrían en los accidentes de guerra. El galeote había de padecerlas clavado en su banco, sin dejar de remar hasta que moría o hasta que la nave se iba al fondo, muchas veces incendiada. Pocas veces era posible, en la confusión y peligro de la batalla, dejar en libertad a los forzados, y éstos se hundían con el casco, heridos o chamuscados, probablemente contentos de acabar su suplicio de una vez.

A estas contingencias guerreras había que añadir los frecuentes traumatismos de la vida habitual, por golpes en las tempestades, por el azote del cómitre en las huidas y persecuciones y por la ejecución de los crudelísimos castigos cuando cometían faltas, nunca proporcionadas, a pesar de ser gente de la peor condición, a la inhumanidad de las sentencias.

Los tormentos eran variados y refinadísimos. El menor era la dieta y el azote, y aun el cortarles orejas y narices, que se aplicaba principalmente a los moros. Lo que aquellos hombres inventaban para hacer sufrir a los delincuentes, no cabe hoy en la imaginación nuestra. El doctor Clavijo, en una excelente *Historia del cuerpo de Sanidad de la Armada*, transcribe la cura que uno de sus lejanos colegas, el doctor Pedro López de León, hubo de hacer a un forzado a quién el capitán de la galera —estampemos su nombre para maldecirle: se llamaba

Lorenzo Roa— "mandó estropear", no sabemos por qué falta; pero, cualquiera que fuese, nos parecería pequeña para la magnitud del perverso castigo, que consistió en colgarle de cierta parte de su cuerpo una talega con dos balas de cañón, y así lo izaron a la antena, de la que estuvo suspendido durante un cuarto de hora, que bastó para que se desmayase de tan horrible sufrimiento y para que los órganos que servían de atadero a la balas se le pusiesen "negros como la pez" y se desprendiesen.

La supresión de la vida, después de esto, era una liberación. Pero, aun la propia muerte, la rodeaban de todo el aparato siniestro de una imaginación macabra. La descuartización del reo por cuatro galeras era uno de los elegidos, y así nos los describe, en páginas magníficas, Mateo Alemán. Cada nave se alejaba arrastrando un fragmento ensangrentado del mártir. Y por eso, el ahorcarle sencillamente era trato tan de favor, que el reo moría lleno de agradecimiento; como ocurrió con el famoso Miguel de Molina, el gran estafador y embustero, galeote en tiempos de Felipe IV, que, condenado a ser descuartizado por cuatro potros, el rey, benignamente, conmutó la pena por la horca, y el agraciado, cuya barba le llegaba hasta el suelo, pronunció en la Plaza Mayor de Madrid, mientras le ponían la cuerda al cuello, un largo y elocuente discurso de gracias al piadosísimo rey.

No exageraba. Del castigo del descuartizamiento no se libraron otros muchos, en esta época gloriosa y feroz; entre ellos el demente que asesinó a Enrique IV de Francia, cuyo suplicio fue presenciado alborozadamente por toda la Corte de París, disputándose los más nobles señores el honor de montar los caballos que, a fuerza de látigo y espuela de sus jinetes, consumaron la sentencia, tras dos horas de espantoso martirio. Así eran nuestros abuelos.

La muerte civil

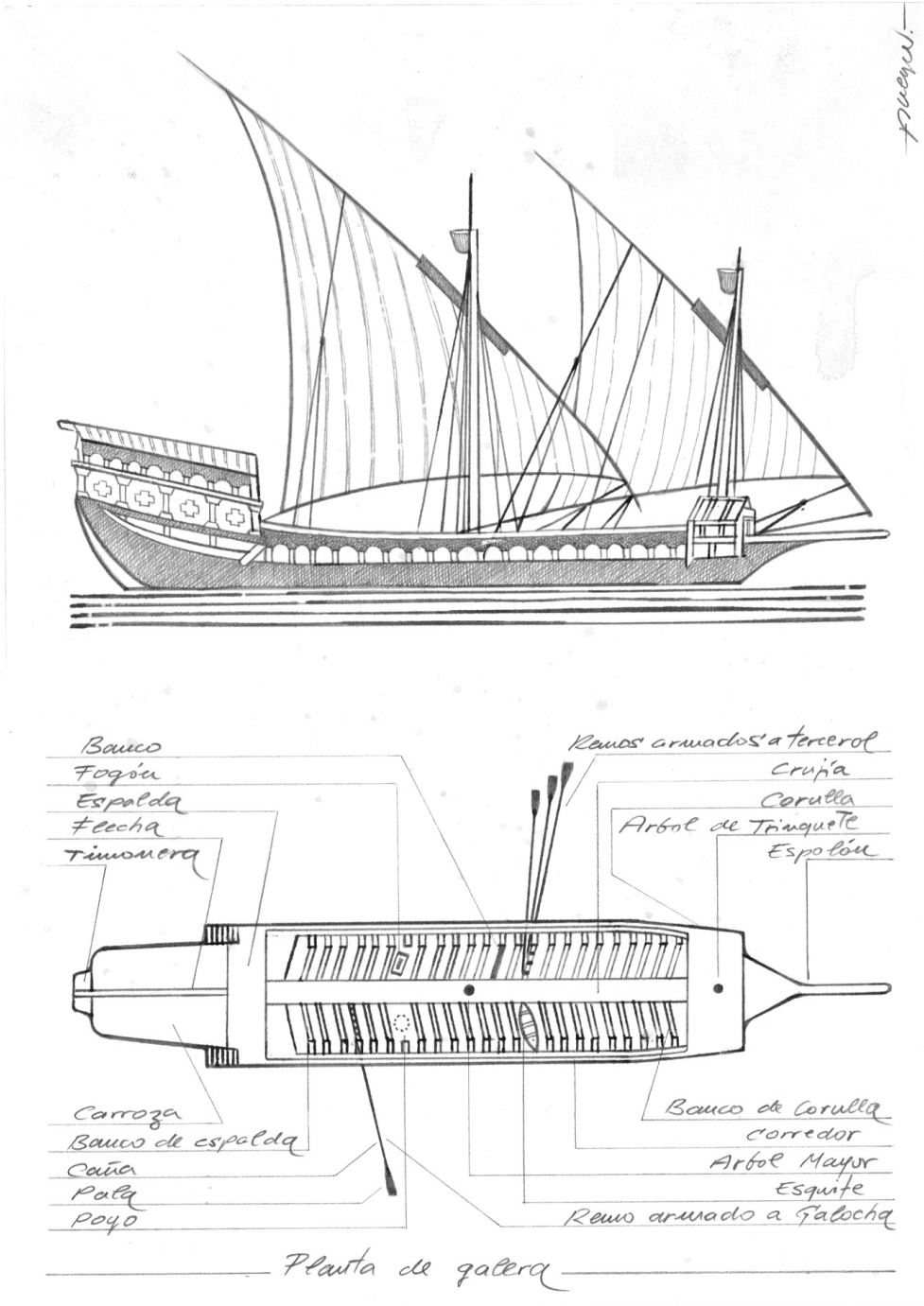
Después de este bosquejo, contra mi voluntad siniestro, no nos sorprenderá que el estado sanitario de las galeras fuese pésimo. La mayoría de los desdichados que las tripulaban no podían soportar aquella vida infernal, y es sabido que, por ello, llegaron a estar tan faltas de voluntarios que hubo de reclutarse su gente por la fuerza, instituyéndose por Carlos V, en 1530, la pena de galera para los criminales. Ya en tiempo de los Reyes Católicos eran tan escasos los que, de propio móvil, quisieran navegar, que es conocido que la leva de los que acompañaron a Colón hubo de hacerse, en parte, entre criminales, a los que, a cambio de enrolarse en las carabelas, se les conmutaron las penas que sufrían. Pero, al crecer, prodigiosamente, el Imperio español bajo los primeros Austrias, la flota requería mucha gente. Los esclavos no eran bastantes y los voluntarios o "bonas boyas" fueron rápidamente menguando, por lo que hubieron de llenarse los huecos con los "forzados del rey". Al principio, la galera, pena dura, se reservaba para graves delitos; pero pronto las necesidades de la guerra fueron dilatando la opción y se enviaba a remar a gentes inofensivas, a simples vagos, como nos lo demuestra el inmortal capítulo del *Quijote*: uno de los forzados que libertó Don Alonso, iba a remar por

Galera española del siglo XVI

El dibujo de la derecha recrea una galera española típica de la segunda mitad del siglo XVI, con 24 bancos de boga por banda, del tipo de las que combatieron en Lepanto. Entre las estructuras de proa vemos, en primer lugar, el *espolón* que cumplía una doble función: servir como arma de abordaje, a manera de ariete, y de punto donde afianzar el aparejo. A veces constituía un obstáculo para el fuego artillero, por lo que se cortaba cuando se combatía *a palo seco*, es decir, con la nave sin arbolar, sólo con la fuerza humana de la boga. La *corulla*, la constitución cubierta, acasamatada, situada en la proa, estaba destinada a estibar las anclas (los "fierros"), una para cada banda, y sus cables (las "gúmenas") y a guarnecer las principales piezas de artillería de la galera, que por su ubicación sólo podían batir el sector proel de la nave. Por la parte que miraba hacia la popa, la *corulla* se comunicaba directamente con la *cámara de boga*, que tenía de ordinario unos treinta metros en el sentido de la eslora y entre ocho o nueve metros en el sentido de la manga. En su eje más largo quedaba dividida por la *crujía*, que discurría más alta que los *bancos de boga*, y que prestaba diversos servicios: desde zona de tránsito dentro de la nave hasta lugar donde almacenar los aparejos. Transversalmente a la *crujía* se situaban los *bancos de boga* que, guarnecidos con cueros, daban asiento de ordinario a tres remeros, si bien las galeras reales podían llevar hasta siete por banco.

En las naves españolas armadas "a galocha", los galeotes que compartían banco empuñaban el mismo remo. El número de remeros, en caso de que no hubiese un grupo de reserva, alcanzaba los 144 hombres y el de remos 48. En las galeras armadas "a tercerol" cada galeote empuñaba su propio remo, por lo que eran precisos tres remos por banco, circunstancia que complicaba sobremanera el abastecimiento, ya que los susodichos no eran idénticos ni fácilmente intercambiables. Cada banco era designado por un nombre, que con frecuencia se debía a la proximidad a determinadas partes de la nave. En la *cámara de boga* se ubicaban también el *esquife* (bote auxiliar de la nave) al que se le daban múltiples usos, el *fogón* (donde se cocinaba) y el *poyo* (lugar utilizado para sacrificar los animales que debían servir de alimento a la tripulación). Hacia popa, la *crujía* se continuaba en una plataforma —situada a su mismo nivel— que recibía el nombre de *espalda*, último reducto para la defensa de la galera cuando el ataque provenía de la proa. La estructura levantada a continuación hacia la popa era conocida como *carroza*, cuyo techo descansaba sobre la *flecha*, nervio lo suficientemente ancho y robusto para servir de suelo a los pilotos en la navegación. Durante el combate también permitía a los arcabuceros maniobrar sobre él.

(Nota preparada por la Redacción, a partir de la información tomada de: Olesa Muñido FF. La galera en la navegación y el combate. Madrid: Junta Ejecutiva del IV Centenario de la Batalla de Lepanto. 1971, tomo I).



cinco años por haber sustraído diez ducados a su dueño; y más detalles nos da el libro de los pobres del gran médico madrileño Pérez Herrera. Ya en tiempo de los últimos Austrias se cazaba por los pueblos y en los caminos a los que no cometían otro delito que no tener trabajo o a los pobres gitanos, objeto tantas veces de las injusticias del Estado español.

La vida de los galeotes era tan cruel, que en los comienzos sólo se aplicaba por corto tiempo. Un año o dos de galeras bastaban a quebrantar la vida de quien no fuera un roble. A los diez años no llegaba nadie, y por eso, hipócritamente, se conmutó la pena de galeras a perpetuidad por la máxima de diez años, que equivalía a la muerte; y así lo declaraban los guardias que conducían encadenado a Ginés de Pasamonte, al responder a las preguntas de Don Quijote: "Va por diez años, que es como muerte civil". Pero llegó a más el rigor de los poderes públicos, pues al final del siglo *xvi* mandaron que los galeotes que hubiesen cumplido su condena fueran retenidos en el remo hasta tanto que se encontraban sustitutos, lo cual, a veces, ocurría después de muerto el desdichado detenido.

El escorbuto

No habrá, pues, que encarecer el porqué de este miedo a la pena de galeras. Todas las miserias imaginables de la patología hacían presa predilecta en el cuerpo de los remeros. Ya hemos indicado que, probablemente, morían en gran número tuberculosos, si eran jóvenes, y de pura fatiga, si eran viejos: que la edad no eximía para ir al duro banco, como aquel alcahuete venerable de las barbas blancas que Cervantes inmortalizó. Sin embargo, dada la alimentación insuficiente y las malas condiciones higiénicas en que malvivían, las enfermedades más frecuentes eran, como se ha indicado también, las llamadas enfermedades por avitaminosis. La más conocida entonces era el escorbuto. Es cierto que esta terrible enfermedad, que costó a la navegación muchas más vidas que los huracanes y las guerras, se presentaba sobre todo en los viajes largos, como el de Vasco de Gama, las grandes travesías atlánticas y las expediciones en torno del mundo. Pero, sin duda, su forma tórpida, en sus primeros grados, era también muy frecuente en las galeras. La alimentación de los forzados y esclavos que hemos descrito, privada en absoluto de vegetales frescos y de frutas, autorizaba *a priori* a pensarlo así; y lo confirman muchas de las descripciones de quebrantamiento de huesos, con granos y hemorragias, que padecían estos infelices; y, sobre todo, las llagas y lesiones de boca que, ciertamente, se pueden identificar con las que caracterizan a la estomatitis escorbútica.

La causa de la espantosa dolencia, que en unos días aniquilaba centenares de hombres robustos, era, entonces, totalmente desconocida. Se suponía que era una infección que se transmitía por la suciedad; y, para evitarla, se desinfectaban los bajeles, raspando su maderamen con vinagre, o bien se culpaba al aire, que se creía por aquellos siglos el principal conductor de casi todas las epidemias. Nadie había pensado que su causa fuera la falta de la hoy

conocida vitamina C o vitamina antiescorbútica, que reside en los vegetales frescos y, sobre todo, en ciertas frutas. Por eso, las grandes epidemias de escorbuto, sobre todo en ejércitos y poblaciones sitiadas, como la famosa que sufrieron las tropas de Carlos V, en Metz, en 1552, se trataban por los medios más extravagantes, incluso el mercurio, que algunos médicos emplearon sistemáticamente, acrecentando las lesiones de la enfermedad con las que producía el remedio y acelerando, sin duda, la muerte de los atacados. Como otras muchas veces en la historia de la Medicina, la verdad no estaba en las disquisiciones y en las teorías de los pedantes, sino en la sencilla observación de la naturaleza; y fueron simples observadores no médicos los que averiguaron que, casi en unas horas, aquellos marineros moribundos, que no podían tragar, con el cuerpo hecho un puro cardenal, hasta el punto de que aun el transportarlos era difícil, porque al cogerlos en vilo les producía insufribles dolores, se ponían teatralmente buenos, sin más que tomar frutas frescas, o, como dice González, verdolagas.

Este gran médico recuerda con orgullo que la primera descripción exacta de la enfermedad, hasta entonces confundida con otras debidas a infección o alimentación insuficiente, la escribió un español, no médico, el capitán Sebastián Vizcaino, que en 1602 hizo un viaje de exploración a la costa oeste de California. En su diario, que fue publicado en 1615 por Torquemada, aparece, en efecto, una descripción admirable, detallada, precisa, inconfundible, del escorbuto; y la declaración terminante de que, cuando casi toda la tripulación de sus tres barcos estaba próxima a sucumbir, llegaron a las islas de Mazatlán, y allí, en nueve días: "cobraron todos salud y fuerzas y se levantaron de las camas, de suerte que cuando salieron las naos del puerto ya podían acudir a marear las velas y a gobernar el navío y a hacer sus guardias como antes"; y para este prodigio "no hubo medicinas, ni drogas de botica, ni recetas, ni medicamentos de médicos..., y si algún remedio hubo, fue el refresco de las comidas frescas..., y comer de una frutilla que se halló en estas islas y los naturales de allí llaman xocoahuizles". Nada podemos hoy quitar ni poner a estas descripciones impecables, que añaden una página gloriosa a la contribución española al conocimiento de las enfermedades por falta de vitaminas, que ampliarían, un siglo después, el gran médico catalán Don Gaspar Casal, con su inmortal descripción de la pelagra y de su origen alimentario.

Ni fruta ni verdolagas comían los galeotes; y cuando, asidos a su remo, se quejaban de dolores espantosos en los huesos, que el cómitre interpretaba como tretas para no remar y pretendía curar sacudiéndoles el rebenque sobre la espalda, eran sin duda, muchas veces, pobres enfermos de escorbuto, que acababan, a poco, sus desventuras en el fondo del mar.

Otras enfermedades

Pero, como he dicho, es seguro que, además del escorbuto, padecían los galotes de beriberi y de pelagra, enfermedades íntimamente derivadas de su alimentación monótona y misérrima, sin vitaminas, sin grasa apenas y con ausencia absoluta de toda proteína animal. Sólo el

bendito y calumniado "bizcocho", con su salvado indigerible, les defendía, a duras penas, de la tragedia.

Nada hay que añadir de las enteritis originadas por los manjares corrompidos. Y de las infecciones que prendían en aquellos organismos como en caldos de cultivo colocados en óptimas estufas. Los médicos de entonces describen también en la marinería una enfermedad llamada "pasma", que no es otra cosa que el terrible tétanos, adquirido por la infección de las heridas mal curadas, que era, en aquellos siglos, mortal de necesidad.

Barberos y cirujanos

Para combatir tanto infortunio, la ayuda médica fue tardía y escasa. Los datos que yo he podido recoger inducen a suponer que las galeras llevaron durante mucho tiempo sólo barberos y "cirujanos de heridos", es decir, profesionales de ínfima categoría, gente sin estudios, dotados de alguna habilidad empírica para bizmar, emplastar y hacer la cirugía menor; que podían ejercer, según la pragmática de 1588, sin más que adquirir un título mediante el pago de cuatro escudos de oro. Y aun estos modestísimos prácticos debían faltar muchas veces, porque cualquier destino en tierra era preferible al de la galera, en la que sin ninguna dignidad profesional se les obligaba a compartir la vida de privaciones de la chusma, cobrando un sueldo inferior al de los trompetas y chirimías. Entonces, el cuidado de los enfermos se encomendaba al capellán o a cualquiera que tuviese afición a curar, que nunca falta, reduciéndose ese cuidado a darles algún alimento y abrigo más; y a vendarles y bizmarles las heridas del modo más elemental.

La presencia del médico a bordo, con su equipo de cirujano mayor y cirujanos menores, no aparece hasta el final del siglo XVI, y no para las galeras, sino para las flotas de las Indias. La chusma de galeotes y esclavos no merecían tantos cuidados. Ya hemos dicho que casi siempre eran curados "en cadena", aun después de existir los hospitales que se fundaron para asistirlos en los trances graves; pues estos establecimientos tenían escaso número de camas y además no siempre la galera fondeaba cerca de los puertos en que había, que eran el Puerto de Santa María, y después Cartagena.

Hospitales de galeotes

El del Puerto de Santa María, dedicado a San Juan de Letrán, se fundó el año 1565, bajo los auspicios de Don Luis de Requeséns y de Don Juan de Austria. No se inauguró hasta 1613. Se construyó y se mantenía, como he dicho, con el óbolo de las tripulaciones y a costa del alimento de los forzados. Para pagar medicinas, asistencia y cultos, se reducían onzas y onzas del pan de los remeros; y éstos acabaron por negarse al tributo, arruinándose, al cabo de un siglo, el Hospital.

Análogos fines tuvo el de Cartagena, cuya fundación data de 1676, en sustitución del Hospital del Puerto y, como éste, de vida muy poco brillante. Hay varios documentos que permiten rehacer bastante bien su breve historia. Sus camas eran pocas; y apenas sirvió, por ello, de alivio a los infinitos enfermos de la chusma. El dinero era tan escaso, que por todas partes aparecen documentos de protesta de los proveedores, a los que la administración debía meses y meses. Hasta el capellán, en 1685, se declaró en huelga, negándose "a dar a los enfermos el sustento espiritual y temporal porque no le pagaban". El servicio estaba a cargo de forzados de buena conducta, que, en cuanto podían, se escapaban, cuando no eran liberados a la fuerza, como ocurrió ese mismo año de 1685, en que "la cuadrilla del bandido Martín Muñoz", personaje célebre de la picaresca, atacó al Hospital "pretendiendo sacar algunos forzados", entablado un fuerte combate con la guardia, en el que murió un cabo de escuadra y hubo muchos heridos.

El protomédico

Naturalmente, esta escasez en la asistencia facultativa de las galeras no rezaba cuando se reunía una escuadra que emprendía altas empresas guerreras, al mando de grandes personajes. Y así vemos en las galeras de Carlos V nada menos que a Lobera de Ávila, uno de los más eminentes médicos de nuestros siglos de oro, que nos ha dejado de su experiencia náutica libros que aún hoy se leen con interés y provecho. Don Juan de Austria llevaba también a su lado, como ahora veremos, médicos y cirujanos eminentes.

El cargo de protomédico de las galeras era uno de los grandes puestos de la Medicina, generalmente antesala del codiciado protomedicato del rey, como ocurrió con Cristóbal Pérez de Herrera, el fundador del Hospital General de Madrid, mucho menos famoso de lo que merece su estupenda figura, a la que, no ha mucho, he dedicado un estudio. El protomédico de las galeras de España tenía a su cargo la inspección de los servicios sanitarios en las naves; y él mismo servía en las escuadras; y, con frecuencia, no sólo como médico, sino como consejero militar y aun como jefe director de las tripulaciones, si la ocasión era propicia. Tal ocurrió al citado Pérez de Herrera y al cirujano Don Gregorio López de la Madera, del que hablaré enseguida, pues fue, al lado de Don Juan, uno de los héroes de Lepanto.

La eficacia de los cirujanos de las galeras del siglo XVI era, sin duda, grande, pues fue aquella centuria pródiga en grandes anatómicos españoles; y, por lo tanto, en grandes cirujanos. Las continuas guerras adiestraron a estos prácticos en el tratamiento de las heridas, en el que llegaron a ser maestros, inaugurando la curación por primera intención y desechando el uso, entonces corriente, de unguentos y aceites.

Hoy no podríamos resistir aquellas curas y amputaciones sin anestesia. Los hombres aquellos, de sensibilidad, física y moral, infinitamente más dura, habituados al espectáculo diario de la más bárbara crueldad en sus semejantes y, cuando se terciaba, en ellos mismos, sufrían

el cauterio, el bisturí y la sierra, mordiendo un trapo, como único anestésico; y se consolarían pensando que cualquier Tribunal civil o eclesiástico, por obtener una declaración, les haría sufrir mucho más con el potro, el ansia o el garrote. No hay que decir que, si el herido era un galeote, los instrumentos del cirujano casi acariciarían, por hondo que rajasen, sus carnes ya endurecidas por el frío, el calor y el látigo y sus nervios embotados en el continuo sufrir.

Medicina y caridad

Menos útiles eran, sin duda alguna, los internistas que socorrían a los enfermos. Nos basta para juzgarlo el leer las listas de las medicinas que, según los documentos, llevaban en su botiquín las naos y galeones y, a veces, las galeras. Recordemos sólo lo que más de un siglo después aconsejaba un práctico tan excelente como el doctor González para equipar la farmacia de un navío. Se compone el botiquín de aguas aromáticas, licores, ácidos, jarabes, electuarios, extractos, píldoras, espíritus, sales, bálsamos naturales, tinturas, polvos, escaróticos, aceites, ungüentos y simples. Podemos asegurar que ninguno de ellos servía para nada.

Se me dirá que, acaso, podrán decir otro tanto los médicos del siglo XXI de buena parte de la farmacopea actual. Pero, entonces y ahora, el médico puede aliviar a sus semejantes, con las manos vacías, sin ungüentos de los de entonces ni vacunas y sueros de los de ahora; pero con caridad. A medida que avanzamos en la vida, nos gana el convencimiento de que el hombre sufre más por el alma que por el cuerpo; y que hasta los males más directamente corporales, las heridas y las llagas, se benefician tanto como del bisturí y de la morfina, de la caridad. Por eso, en verdad, en los médicos de nuestros siglos dorados, lo que nos duele no es la ridícula insuficiencia de sus píldoras y jarabes, sino la terrible naturalidad con la que veían sufrir al galeote o al renegado o al hereje, poniendo a la compasión límites arbitrarios y artificiosos frente a la concepción cristiana de la fraternidad universal. Había, claro es, excepciones, y la más alta fue, precisamente, la del protomédico de las galeras de Felipe II, Don Cristóbal Pérez de Herreras, gran médico, pero ante todo gran apóstol, y, por ello, al cabo de los siglos, mejor médico que todos sus contemporáneos. Sus discursos sobre el *Amparo de los legítimos pobres* nos enseñan que lo que los otros no podrían curar con las pócimas, lo curaría él sentado junto al galeote infeliz, "navegando en diversas jornadas", con una sola palabra de buen amor.

De la misma jerarquía humanitaria fue otro gran cirujano de esta época, Daza Chacón, del que hablaremos enseguida.

La droga de la fe

Así fue de dura la vida de los galeotes y así fueron de menguados los remedios que les daba una ciencia aún incipiente y una frialdad helada de la sensibilidad colectiva. Pero, en

cambio, en aquella humanidad exultante había una droga de todopoderosa virtud, que compensaba la fatiga y el dolor, que nutría más que los manjares excelentes, que emborrachaba como el vino, que anestesiaba como hoy pudieran hacerlo el cloroformo y la morfina: y era la fe. Creía el español de entonces en la misión providencial de su patria con tal ímpetu, que su esfuerzo, cuando hoy lo contemplamos y lo medimos, en relación con la fuente real de su energía, nos parece puro milagro; y, en realidad, lo era: que milagro es todo aquello que se consigue por el esfuerzo sobrehumano del alma y no por el rendimiento normal de los resortes físicos.

Y, sin duda, el cenit de aquellas horas de milagrosa exaltación se alcanzó en Lepanto. Grande era el poder material de la Armada de la Fe; extraordinaria la pericia de sus capitanes, Barbarigo y Doria, y de aquel insigne marino español, no alabado nunca bastante, Don Álvaro de Bazán; pero, como dice uno de los modernos historiadores de la gran gesta, "es evidente que Don Juan de Austria confiaba mucho más que en las maniobras tácticas en el valor de sus hombres y, sobre todo, en la fe que los animaba". Entonces y siempre, ha sido así.

Acaso nunca, en la historia del mundo, dos fuerzas ideales, las que entonces representaban el poder cristiano y el turco, alcanzaron una tensión material tangible tan formidable como en aquella mañana de octubre, en que sobre el mar azul se contemplaban, en un trágico minuto de prodigioso silencio, las dos escuadras enemigas.

Los sacerdotes cristianos y los turcos ofrecían el Cielo a los combatientes que iban a morir. Si vencían, la gloria y el botín, incalculables, les esperaban. ¿Cómo no ser héroes así? Y los cristianos lucharon, en efecto, con tan generoso desprecio de la vida, que aun hoy nos estimula y consuela el recuerdo de la "memorable ocasión".

Ginés de Pasamonte

Pero, ¿y los galeotes? Todavía, los cristianos que bogaban en las galeras turcas o los esclavos musulmanes que formaban gran parte de los remeros de Don Juan de Austria, esperaban la liberación de sus cadenas o, si morían, el tránsito a la eterna felicidad.

Mas el galeote sin fe, el Ginés de Pasamonte, cazado en los caminos, escoria de la sociedad, ¡con cuánta desesperación se sentiría ajeno al fervor de los demás!; para él no había ni botín en este mundo ni recompensa eterna en el otro. Aquel día, le doblaron la ración de bizcocho, le dieron garbanzos en vez de habas; y un vaso de vino para que remase mejor. Y cuando el cañón de la capitana turca dio la señal del combate, el látigo del cómitre cayó sobre su torso desnudo, acaso con más furor que nunca, porque lo blandía el entusiasmo de una fe, maravillosa, pero que, por desgracia, había olvidado a los hermanos del alma turbia y seca, a los que habían perdido hasta el hambre y sed de justicia a fuerza de sufrir; y, quién sabe si por ello, los más bienaventurados.

A aquellos hermanos galeotes, sólo los supo compadecer un soldado y escritor, que les había conocido, allí en Lepanto. Para hacerles justicia y caridad, tuvo que disfrazar de loco a su héroe, que era él mismo. Se llamaba Miguel de Cervantes; pero entonces su nombre no hacía estremecerse de orgullo, como hoy, a los que tenemos por verbo el idioma claro de Castilla.

El doctor estratega

Don Juan de Austria fue a Lepanto con un equipo sanitario seguramente copioso. Las historias sólo nos hablan de dos profesores insignes, Don Dionisio Daza Chacón y Don Gregorio López Madera; pero seguramente en torno de estos dos jefes iría el acompañamiento habitual de médicos y cirujanos, cirujanos menores y barberos. Comengue, en efecto, refiere que en la campaña de Túnez, al año siguiente de Lepanto, llevaba Don Juan un estado mayor médico compuesto de cuatro protomédicos, veinticinco cirujanos y quince barberos, más cuatro boticarios. Y es de suponer que no serían menos los de la memorable batalla de la Santa Liga.

De estos dos médicos, López Madera fue, más que clínico, activo consejero político de Don Juan. Era este Don Gregorio, hijo de una familia ilustre, teólogo antes de ser médico, amigo de Vallés, el influyente protomédico de Carlos V, y poco amigo de escribir. Yo desconfío de los médicos que no sienten la necesidad de dejar consignada, para enseñanza de los otros, la maravilla viva que es, para todo profesional, la observación de sus enfermos. López Madera da la impresión de que alcanzó los altos puestos que tuvo en la Corte porque era de rango social superior al de la mayoría de los médicos de entonces, y porque Vallés, todopoderoso con la familia real, le ayudaría, por amistad y por gratitud, a los esfuerzos con que su discípulo y amigo encomió y difundió sus obras por España y por el extranjero. El hecho es que fue nombrado protomédico de Felipe II y luego pasó al servicio de Don Juan de Austria, nada menos que con el título de Protomédico General en la Liga Católica. En la galera capitana de Don Juan De Austria asistió, al lado del gran príncipe, al combate naval. Le acompañaba su hijo, Don Jerónimo, capitán de Infantería, que luchó heroicamente y que siete años después murió, peleando, en Namur.

El encopetado protomédico asistió a los consejos que se celebraron antes de Lepanto y fue uno de los que decidieron a la lucha a Don Juan, que como es sabido, tuvo dudas angustiosas, que le duraron hasta el instante mismo en que comenzó la gloriosa batalla. Este consejo de López Madera consta en la lápida de la sepultura que guarda sus restos, en la capilla de Santo Domingo del convento de Atocha en Madrid. En esta inscripción se dice que un estoque que el Papa envió a Don Juan, antes de Lepanto, fue regalado por éste a su protomédico "por haber sido su consejo gran parte para que se diese la batalla".

El buen doctor

Menos importancia social y militar, pero más eficacia profesional, tuvo Daza Chacón. Él fue el gran cirujano de Lepanto. Había nacido en Valladolid y estudiado en Salamanca; y, desde que terminó su educación quirúrgica, estuvo sirviendo hasta la senectud en los ejércitos. Adquirió por ello enorme experiencia en la cirugía de guerra y a él se deben notables innovaciones en la técnica de las curas en campaña, amputaciones, etc. Sus primeras armas las hizo a las órdenes de un capitán de Carlos V, menos famoso de lo que merece, Don Pedro de Guzmán, abuelo de un gran amigo nuestro, el Conde-Duque de Olivares, con el que asistió al sitio de Landresi. Después hizo muchas otras campañas, culminando su actuación en las de Don Juan de Austria, primero en Granada y luego, en las galeras, en todas sus gestas del Mediterráneo.

Resumió su experiencia en un libro, admirable, que aun los no médicos pueden leer con deleite, titulado *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latín*, dedicado a Felipe II y publicado en 1605. Está lleno de realidad viva, anecdótica, recogida directamente por él en sus andanzas médico-guerreras. Su prestigio se debió a que conocía bien la cirugía de las armas de fuego, que era casi ignorada de los prácticos españoles. Éstos creían que la bala tenía efectos ponzoñosos sobre el organismo; y sometían a los heridos a múltiples operaciones hasta lograr extraerla, con lo que, muchas veces, morían de estas operaciones y no del arcabuzazo. Daza sabía que una bala alojada en sitios no vitales no era peligrosa y sólo excepcionalmente la extraía. Con esta prudente actitud salvó muchas vidas.

Entonces se hacían las amputaciones con instrumentos candentes para evitar las hemorragias. Daza innovó este uso y las realizaba conteniendo la sangre con ligadura y cauterizando sólo las bocas de las arterias, después de hecha la amputación, limpiamente, con un cuchillo muy bien afilado; y el hueso lo cortaba "con una sierra de hacer peines muy finos". La cura final la hacía con una mezcla de clara de huevo, sangre de drago, bol arménico y acíbar. Nos sonreímos al leerlo; pero él, con su mezcla, salvó a muchos la vida; y estaría, probablemente, tan convencido como nosotros de poseer la verdad. Y es que la verdad, en la ciencia, es sólo la fe con que en cada instante creemos poseerla. Es verdad, mientras no deja de serlo. Ilusión de verdad; mas por ser ilusión, llena de maravillosas eficacias.

Era el gran Daza muy caritativo. Una de sus máximas era: "Cura del mismo modo a los pobres que a los ricos y a los esclavos como a los libres". Su actividad en las galeras, mundo del pobre y del esclavo, fue admirable. Asistía a los suplicios de los criminales, para hacer menos cruel la actuación del verdugo; y así, por ejemplo, cuando la sentencia mandaba, como muy frecuentemente ocurría, amputar la mano del ladrón o del asesino, Daza acudía, tiraba del codo de la piel del reo, ligaba fuertemente el brazo y dibujaba en la muñeca la línea por donde el verdugo debía dar el hachazo. Entonces estiraba la piel retraída, cubría con ella el tajo y cosía el muñón; y para evitar la hemorragia, metía este muñón en el vientre de una gallina viva, método que parece bárbaro, pero que hoy vuelve a parecernos lleno de lógica y de justificaciones científicas.

El herido de la “marquesa”

La batalla de Lepanto dio lugar a su máxima experiencia. Murieron, en la insigne pelea, unos 25.000 turcos y 8.000 de los cristianos, con el número correspondiente de heridos, que entonces era, en su proporción con los muertos, mucho mayor que ahora. Estos heridos, fueron llevados, en su mayor parte, a Petala donde Don Juan estuvo cuatro días atendiendo a sus hombres bajo la dirección técnica de Daza. Supone Chinchilla, y lo copian los demás historiadores, que uno de sus asistidos sería aquel joven, de la frente dilatada, desembarcado de la galera *Marquesa*, con un brazo herido, que más tarde había de escribir con el otro un libro cuya gloria eclipsaría a la misma de Lepanto. Pero es una gratuita, aunque simpática, suposición. Daza no pudo atender a tantos miles de magullados y heridos; y reservaría su atención personal para los jefes, para los de nombre insigne, entre los cuales no estaba aún el de aquel soldado raso. Además, Cervantes debió sufrir una contusión o herida que le dejó el brazo atrófico e inútil, pero que, en los primeros momentos, no fue, probablemente, preocupación de los cirujanos de guerra.

Hubo soldados de la escuadra católica que cobraron hasta 2 ó 3.000 ducados. Otros se quedaron sin nada. El reparto del botín dio lugar a una nueva batalla, porque no se hizo la distribución con justicia. Cervantes, herido, fue de los que ganaron gloria y no doblones. Pero, aun estando bueno, su orgullo de águila le hubiera apartado del espectáculo bochornoso de aquella rifa de la túnica de un sublime ideal; y se hubiera ido, como se fue, pobre y solo, con su gloria auestas, mirando la vanidad o el dolor de los hombres, con aquellos ojos agudos, detrás de los cuales, espiaba la vida —triste, alegre, varia— un alma de sobrehumana piedad.

Los galeotes también se quedaron sin blanca. A los heridos y chamuscados, los ayudantes de Daza los cuidaron con amor —“a los esclavos como a los ricos”—. A los supervivientes, les dieron, durante unos días, nueva ración doble de legumbres, pan blanco, para festejar la victoria y vino, “aunque con parsimonia”. Y luego, a remar otra vez. Ellos fueron, en realidad, los que, ajenos al fuego y a la muerte, ajenos también a la gloria, movieron con esfuerzo heroico las galeras. Pero nadie se acordaba ya de ellos.

El galeote estaba fuera del área de la piedad de los demás hombres. Sólo algún fraile acercaba a ellos la esperanza de la palabra divina. Sólo algún médico, como Daza, como Pérez de Herrera, educados en el dolor, que nos iguala a todos y a todos redime, acertaba a mirarlos con compasión. Sólo también el alma genial de Cervantes, cuyo episodio de los galeotes liberados por la generosidad del caballero andante es, sin duda, expresión de su protesta, retenida en el fondo del alma desde los días de la juventud.

Cervantes los libertó con la pluma, como hubiera querido romper, en realidad, sus cadenas. No en vano se le había de escapar de lo profundo de la conciencia, entre las sonrisas patéticas de su humorismo, esta frase vindicatoria, llena de santa piedad cristiana, al hablar de aquel pobre galeote de las barbas venerables que Don Quijote puso en libertad: “¡Éste no merecía ir a bogar en las galeras; sino a mandarlas y a ser General de ellas!”

Dolor y gloria

No nos arrepintamos de esta excursión, que hemos hecho juntos, por los infiernos dantescos de las galeras.

La Historia no es una novela: es la vida. Y la vida es así: anverso de gloria, reverso de dolor. El olvidar este reverso —cauce ancho por donde han corrido las lágrimas del mundo— es lo que nos lleva a las grandes catástrofes sociales. Los hombres de hoy saben que es preciso repartir entre todos el bienestar. Pero hay también que repartir el dolor, buscarlo donde exista, beber el trago que a cada cual nos toca; y saber encontrar en sus heces la fuente de la paz.